

con igual formalidad en los casos más importantes de la vida. El niño vive en una completa indiferencia, y esta es de seguro su mayor dicha.

¿Por qué esa indiferencia? se me dirá. ¿Acaso vamos á predicar en esta cátedra la indiferencia de las almas gastadas que han buscado los placeres y la felicidad, y que no habiéndolos hallado, se sienten desesperados de no poder alcanzarlos y dicen: Voy á cruzarme de brazos y veré hacer? No, hermanos míos, no os predicamos esa indiferencia, que es la hajeza, la degradacion de la humana dignidad. ¡Oh! ¡cuán fuerte es el que confía! El niño cree en su madre, el niño espera en su madre, el niño descansa enteramente en su madre. Tomad al niño educado en las últimas clases de la sociedad: si algo desea, á su madre lo pide. No conoce la miseria. Tranquilo al lado de su madre, no teme peligro alguno. Y si llega á faltarle su madre, todo le falta. Ved al niño que no ha conocido jamás la sonrisa maternal: le falta algo, no es fuerte como otro niño. Terminaré pues, diciéndoos: Tened la indiferencia del niño.

A veces os reis de ese niño y de su formalidad cuando se divierte. Pues; acaso no podríamos tambien reirnos de vuestras diversiones? ¿Qué haceis durante toda vuestra vida, sinó entreteneros con juguetes? Jugais con el viento, jugais con una sombra, con un poco de polvo; permitidme que os lo diga, en este concepto sois como niños grandes. Imitad pues á lo ménos las virtudes de la infancia. No os apesadumbreis, no os inquieteis. ¿Qué importa que disfruteis de alguna consideracion, de algunos honores, de alguna comodidad? Juegos de niños, vano humo, polvo que el viento arrebatada y de que mañana ya no quedará rastro. Tened confianza, no claveis siempre los ojos en la tierra; pensad que Dios os ve desde las alturas. Vosotros tambien tenéis una Providencia: tened confianza en esta madre, y nada temareis. «Los que confían en el Señor son como una montaña firme.» Este es el gran sentimiento que debemos inspirar á nuestra alma.

Tal vez, hermanos míos, os parezcan pequeñas las virtudes que sucintamente os he expuesto; tal vez no os parezcan dignas de vuestra atencion; tal vez os repugna volveros niños. Si así es, permitid que os lo diga, estas virtudes que tan pequeñas os parecen, son precisamente las que constituyen la caridad, y la caridad, hermanos míos, es la cúpula del edificio cristiano; la caridad debe conducirnos al cielo. Pareceis pues á los niños, carísimos hermanos; que nuestro corazon no guarde hiel ni amargura; no os afaneis en pos de los bienes terrenos. Sed rectos y sinceros, obrad en todo con franqueza.

Quizás sufráis en la tierra algunas tribulaciones; pero en el cielo hallareis al Dios niño, al Dios justo con sus eternas recompensas. Os deseo esta gracia.

NIÑOS (Deberes de los); véase: HIJOS (Deberes de los).

NOVEDAD.

O Timothy, depositum custodi, devitans profanas novitates.

O Timoteo, guarda el depósito de la fe, evitando las novedades profanas.

(1 Timor. vi, 20.)

No ha habido siglo en que no se haya clamado contra el amor á la novedad, ni en que la novedad no haya sido la pasión favorita del género humano. Ora sea porque, habiendo nacido para la verdad, y habiéndola perdido por el primer pecado, nos vemos condenados á buscarla, y rara vez la encontramos, de lo cual resulta que nos parece que todo lo nuevo será lo verdadero; ora que, para establecer entre los hombres cierto género de igualdad que los equilibre el disgusto y el placer, estampase el autor de la naturaleza este amor en el corazon del hombre; lo cierto es, que el amor á la novedad es una pasión que á todos nos domina. A él somos deudores de muchas cosas útiles. Este amor elevó á los hombres á la cumbre de la urbanidad, á la finura del trato dulce y afable, á la belleza de las costumbres, y á una comunicacion culta y social. Por él han progresado las artes y las ciencias hasta tal punto, que nos admiran y deleitan. Nunca estuvo tan civilizado el mundo, ni abundaron tanto las comodidades de la vida; y todo lo debemos al amor á la novedad que sutaliza el ingenio y le hace obrar tales maravillas. Pero, si hay algunas novedades buenas, razonables y útiles, existen tambien otras perversas y perjudiciales.

La Iglesia mira con horror ciertas novedades; y la experiencia ha enseñado, que cuando un pueblo entra en el período de su decadencia,

ye se aproxima á la triste época de su ruina, se dejan ver en él multitud de innovadores. Tristísima señal es para una nacion, que principien á levantarse en su seno falsos profetas y seductores políticos que van diciéndola: «tu destino es glorioso; serás feliz; renuncia á lo antiguo: ponte en nuestras manos; nosotros te traemos la felicidad.» Próxima está entonces la ruina de esta nacion, y es preciso decirla como S. Pablo á Timoteo: Evita todo novedad profana. ¿Por qué? porque las novedades profanas, atacando los antiguos principios tutelares de los pueblos, los arrastran á su perdicion. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de implorar los auxilios de la gracia. A. M.

4. La Iglesia apareció perfecta desde su origen, y siempre ha enseñado las verdades necesarias para la salvacion de los hombres. La antigüedad es una especie de nota ó testimonio con que estas verdades se distinguen de las demás; pues así se manifiesta que han resistido á la prueba del tiempo y de la contradiccion. No es extraño pues, que la Iglesia mire con horror la novedad, y que se estremezca, digámoslo así, no solo cuando oye hablar de nuevas doctrinas, sino tambien cuando observa que con palabras nuevas se trata de explicar cosas ó verdades antiguas. En materia de religion, cuando los innovadores no se oponen á las verdades antiguas, que son divinas, suponen que la Iglesia ha ignorado algunas de las verdades que son necesarias para la salvacion; lo cual, al paso que es una pretension de refinada soberbia por parte de ellos, es un insulto á Jesucristo, que ha estado y estará siempre con la Iglesia. En todas las épocas, en el momento que ha parecido algun innovador, se han fijado en él las miradas de los católicos, se ha estudiado su doctrina, y comparándola con la antigüedad, la han juzgado con arreglo á su conformidad ó no conformidad con lo que los tiempos antiguos creyeron.

La Iglesia no es una de esas instituciones que se perfeccionan con el tiempo, y que, recogiendo cuanto puede darles el ingenio del hombre, adelantan y progresan con los nuevos descubrimientos. Lo que hoy enseña, lo ha enseñado siempre, y lo que hoy creemos los católicos, lo creyeron los primeros cristianos, ora explicita, ora implicitamente. El tesoro de la Iglesia es siempre igual, aunque no haya estado siempre del mismo modo expuesto á las miradas de los fieles. Se puede pues, trabajar para descubrir lo que se halla más ó menos oculto en las verdades reveladas, ó en la tradicion, depósito fiel de muchas creencias saludables; pero siempre es muy peligrosa la novedad de la doctrina, y hasta el tratar de explicar verdades antiguas con

palabras nuevas. Léase la historia de la Iglesia, y se verá que la novedad le ha acarreado constantemente la guerra. Todas las herejías han nacido de la pertinacia en sostener nuevas doctrinas, ó en querer explicar las antiguas creencias con palabras nuevas y no aprobadas por la Iglesia. Herido el orgullo de los innovadores al ver condenada por la antigüedad la nueva doctrina que anunciaban, ó reprobados al menos por los fieles, los términos con que explicaban lo que la Iglesia habia creído siempre, se empeñaron en sostener contumaces lo que inventaron obeeçados ó ignorantes, y perdieron la fe.

Los santos Padres nos enseñan á juzgar de las doctrinas por medio del exámen de su conformidad con lo que creyeron las iglesias más antiguas. «Cuando se discute, dice S. Ireneo (LIB. III. CAP. 4), acerca de alguna cuestion, habrá que recurrir á las iglesias antiquísimas y aprender de ellas la verdad.» Tertuliano añade: «Lo que Jesucristo reveló, y lo que predicaron los apóstoles, solo puede probarse recurriendo á las iglesias que los apóstoles fundaron. Todo lo que no esté conforme con lo que enseñan aquellas iglesias, es mentira; y todo lo que lo esté, es verdad. Una doctrina se muestra verdadera por solo el hecho de haber sido enseñada y creida en los días primitivos del cristianismo (DE PRÆSCRIP. CAP. 21).»

La novedad, pues, en concepto de los santos Padres, es profana, y la antigüedad sagrada. Si fuesen admitidas las novedades, sería preciso que desapareciese en todo ó en parte la fe de los santos Padres, y tendríamos que afirmar que los fieles de todos los siglos anteriores, tantos santos, tantos sacerdotes, tantas vírgenes, tantos confesores, tantos mártires, tantas ciudades, tantas naciones, tantas islas, tantas gentes y todo el universo cristiano, adherido á Jesucristo por la fe católica, estuvieron en la ignorancia y en el error, y blasfemaron sin saber lo que decían ó creían.

Tal vez se nos dirá, que este horror á las novedades es un obstáculo para todo progreso en la ciencia de la religion, contribuyendo á que la Iglesia permanezca estacionaria. La Iglesia quiere el progreso; pero quiere ese progreso verdadero, que consiste en el sucesivo desenvolvimiento y aplicacion de las verdades que forman su símbolo; verdades eternas, que no están sujetas á la accion del tiempo, ni del hombre, y que, por lo tanto, son la mejor base para edificar, sin peligro de que el edificio que sobre ellas se levante, se desmorone. La creencia de las almas debe imitar la marcha de los cuerpos; estos crecen, se extienden y se desenvuelven en el discurso de alguno años, pero siempre permanecen iguales. Así debe suceder en la doctrina cristiana: afirmese en buen hora con el trascurso de los siglos, ex-

tiéndose é ilústrese con el trabajo de los sábios, pero permanezca siempre íntegra é inalterable en el fondo. Los que escriben sobre materias de fe, deben imitar á la Iglesia, que solicita y fiel depositaria de los dogmas que recibió de Jesucristo, nada cambia, suprime, ni añade. Su atencion se reduce á dar más exactitud y más claridad á lo que se habia propuesto con alguna oscuridad é imperfeccion, y mayor firmeza y estabilidad á lo que estaba suficientemente explicado, y hacer más inviolable lo que ya estaba decidido.

2. El amor á la Iglesia no es tan solo lo que debe inspirarnos horror á ciertas novedades, sino también el bien de la sociedad. Esta tiene sus verdades fundamentales, algunas de las cuales lo son en sentido absoluto, y otras lo son en sentido relativo. Cuando los innovadores atacan de una manera ó de otra estas verdades fundamentales, arrastran á los pueblos á una inevitable ruina. No se toca una sola piedra de la sociedad, sin que se resientan las otras; y podeis estar seguros de que cuando los innovadores os dicen que van á regenerarnos, tan solo van á perdernos.

El amor á la novedad trastornó la sociedad religiosa en el siglo xvi; los innovadores descendieron bien pronto, desde el terreno de la religion, al de la política, y entronizaron la anarquía en los pueblos, como habian introducido el cisma en la Iglesia. Con la manía de innovarlo todo, removieron de su natural asiento todas las piedras del edificio social, sin dejar una sola en su puesto; y despues de haber negado el principio de autoridad relativamente al Papa, le negaron relativamente á todos los poderes. A la autoridad, como principio, se sustituyó el libre exámen como derecho; á la suprema autoridad temporal sucedió el juicio privado; y á la autoridad divina, la razon humana como única regla. De este modo quedó suprimido el dogma, destruida la moral, trastornado el orden, y la sociedad próxima á su ruina. Bien caro pagaron las naciones el haberse dejado engañar por los que les prometían la felicidad en cambio de sus novedades. Les habian prometido poner término á los males de que se veían rodeadas, y los aumentaron; prometieron á los reyes robustecer su autoridad, y la debilitaron; prometieron á los ricos que asegurarían su propiedad contra las exigencias del poder, y la presentaron como cebo á la codicia del pueblo; prometieron á los pobres que les otorgarían derechos y proteccion, y les privaron de un lecho en los hospitales; prometieron que convertirían á todos en hermanos, y les trocaron en enemigos; y prometieron, en fin, hacerles felices, y á todos hicieron derramar amargas lágrimas.

Es preciso pues, antes de adoptar nuevas doctrinas, examinarlas

despacio. Si no están conformes en sí propias ó en sus consecuencias con las doctrinas fundamentales, en el sentido absoluto ó en el relativo, deben considerarse como el mayor mal que puede sobrevenirnos. Los innovadores, que están siempre dispuestos á sacrificar á su ambicion y á sus pasiones todos los intereses de los pueblos, y que, con tal que puedan fundar para sí mismos un trono, no repararán en erigirlo sobre las ruinas de la sociedad, procuran fascinar á los pueblos con nuevas doctrinas y palabras nuevas, del mismo modo que se atrae con el cebo á los peces. Huid pues de sus doctrinas, y conservad las verdades fundamentales con las cuales fueron felices vuestros padres.

Si alguno os dice, que hay naciones que han adoptado sin exámen toda clase de novedades, y en las cuales vemos, sin embargo, progreso, opulencia y pujanza, recordadles la estátua de Nabucodonosor. En aquella estátua de extraordinaria altura, con cabeza de oro, pecho de plata, vientre y muslos de cobre, piernas de hierro, y piés en parte de hierro y en parte de barro, podemos ver representadas las naciones que, á pesar de adoptar todas las novedades, progresan y se enriquecen. Parecen fuertes, pero sus cimientos carecen de solidez; y una piedrecita, esto es, una cuestion, un azar, un revés, una desgracia, cualquiera incidente, bastará para derribar una estátua cuyo cimiento no es más que hierro y barro. Por el contrario, los pueblos que conservan siempre las verdades fundamentales y los principios tutelares de la sociedad, resisten todos los embates.

Creedlo, hermanos míos; muchas novedades son peligrosas. Los trastornos y las revoluciones que han conmovido algunos pueblos desde sus cimientos y la sangre que en ellos ha corrido á torrentes, es el resultado de las novedades que adoptaron, bajo la persuasion de que con ellas encontrarían la felicidad. Es preferible tener apego á lo antiguo, aún á riesgo de carecer de algunas ventajas, á adoptar ciertas novedades que podrian ocasionar nuestra ruina. Solo una novedad desea Dios ver en nosotros, y es que nuestras máximas, nuestras palabras y nuestras obras sean nuevas; pero, que su novedad consista en que las máximas sean más conformes á las verdades reveladas; las palabras más correspondientes á la doctrina católica; y las obras más dignas del Decálogo que hemos abrazado. En una palabra, exige nuevo corazón, nuevo lenguaje, nuevo arrepentimiento y nuevas costumbres. Escuchad lo que dice el Apóstol: *Nolite conformari huic saeculo, sed reformamini in novitate sensus vestri* (Rom. 12). No os conformeis con este siglo, sino renovad vuestro espíritu para trasformaros en hombres nuevos. La vida cristiana no puede ser más que una continua renovacion del hombre interior, en virtud de la cual,

no solo ha de retraerse el alma de mancharse con cosa alguna, sino que ha de adelantar cada día en el camino de la perfeccion. Así como al enfermo que lleva en sus entrañas el mal, y á consecuencia de este mal disfruta una salud muy débil, es preciso darle diariamente, no solo el remedio conveniente para neutralizar la dolencia ó cortarla, sino tambien los más sanos y nutritivos alimentos, para que la naturaleza no desfallezca con los padecimientos, y la sangre se vaya renovando; del mismo modo al pecador no le basta el que se le suministre la medicina de la gracia para curar su pecado, es preciso, además, trabajar, con el auxilio de ella, en la renovación de su sangre, esto es, en la purificación de sus afectos é inclinaciones, mostrándose cada día hombre nuevo ó diferente de lo que fué en el anterior.

Atended pues á renovaros en espíritu. Procurad que no pase un día sin que desarraigéis de vuestro corazón algun afecto desordenado. Procurad sacrificar cada día alguna pasión. Si no lo hacéis así, cada vez que suene en el reloj una hora suffireis una derrota, y equivaldrá á que os entregéis á discrecion de enemigos, que no se proponen más que perderos. Por el contrario, con la renovacion de vuestro espíritu el alma de grado en grado se elevará hasta Dios, tomando, digámoslo así, la figura de Cristo, único modelo que delante de sí ha de tener constantemente el cristiano, si no quiere perder el nombre con que se distingue de los pueblos infieles. Y cuando tengamos la dicha de ser semejantes á Jesucristo, seremos dignos de ser un día participantes de su felicidad en el cielo, que á todos os deseo.

NOVÍSIMOS, véase: MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

OBEDIENCIA.

I.

Subtili estote, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.

Estad sujetos, no solo por temor del castigo, sino tambien por obligacion de conciencia.

(ROM. XII, 5.)

La obediencia es el primer deber del hombre. Dios, al criarle, le impuso un precepto, para que se considerase siempre en dependencia de su Criador; y si reconociéndole como supremo y soberano Señor del mundo, le hubiese obedecido, con su obediencia habria llegado á la posesion de la mayor dicha que se puede alcanzar. La obediencia traia consigo su vida, así la temporal como la eterna; y olvidando é infringiendo este deber, perdió todos sus derechos y todos sus dones. La obediencia le habria mantenido en la práctica de todas las buenas obras; la desobediencia le arrastró al abismo de todas las culpas. Nada por consiguiente debemos temer tanto como la desobediencia y la rebelion, que fueron la causa de todas nuestras desgracias. Sin embargo, en nuestros días, muchos hombres, no solo se creen exentos de toda dependencia, sino que trabajan por desvirtuar el principio de autoridad, que es el primer principio del poder, y establecer el principio de rebelion, que es el primer principio de la muerte de los pueblos. Es imposible que sin el principio de autoridad, y, por consiguiente, sin el principio de obediencia, que le es correlativo, gocen las naciones de paz y tranquilidad. Fijad la atencion en las actuales agitaciones de la sociedad, y vereis que todas tienen por origen ciertos errores que, en punto á la sumision ú obediencia, se han propagado. Esta consideracion me obliga á hablarlos del deber de la obediencia, haciéndolo, no en el interés de estos ó de aquellos hombres en particular, sino en el de todo gobierno, y en el de toda sociedad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.